

El árbitro

Euzko Gaztedi, 13. zk., 1949-06: 20.

Siempre es difícil ser árbitro de intereses encontrados, pero lo es mucho más cuando el encuentro se verifica bajo la mirada de mil ojos que observan con parcial malicia y exactamente la mitad de bocas (excluyamos los gafes tuertos) imprecán y execran sin medida ni tasa contra sus decisiones.

Yo comprendo que algunos se inclinen por este monstruo con mil ojos que ven más y mejor que los dos asustados que poseen y tratan de halagarle.

Pero su cálculo falla al desconsiderara que el monstruo dice "si" y "no" al mismo tiempo, aplaude e increpa a la vez, fulmina y besa con la mirada, como si fueran funciones simultáneas en la de ese extraño animal.

Acaso haya entre los lectores quienes tengan noticia muy vaga de las características que reúne este bípedo racional que alguna vez tiene la razón y otras muchas impone su sinrazón sin miedo a boleta, que por tocar a destiempo y mal, que no por tocar simplemente, debería imponerse...

Para no diluirme en las características varias que distinguen a cada cual, que todos pecan por algo distinto, nos ceñiremos a pintarles uno descomunal en tamaño, bigotes y desaciertos, que ha reducido desvergonzadamente sus calzones a la mínima expresión.

Imagínense un todo negro de seis pies de alto, de tono más acentuado en su mitad superior, en cuya cúspide han colocado, como dos interrogantes, dos faros sin más luz que la que reflejan los reflectores. Coloquen a la distancia de una nariz (que por esta pequeñez perdió Bs. 60.000 un amigo en el Hipódromo) un gran bigote partido en dos y la fuerza de dos grandes pitos reducida a la forma de uno pequeño que suena duro; pero porque sí!, porque le han destinado a esa función, sin más mérito ni más virtud.

Véanle salir sonando como un energúmeno que adelantara por capricho la hora del juicio final y se imaginara un rectángulo el Valle de Josafat.

Ay, ahora estos señores que acuden al imperio de su pito tendrán que rendir estrecha cuenta de sus actos sobre este breve escenario. Se le acercan respetuosamente, como queriendo ganarse su voluntad desde un principio, pero de poco les valdrá su humildad. Denle la cuerda a un todo después, pero fíjense sobre todo en el automatismo del árbitro, que responde con exactitud a cuanto se le ordena desde la gradería... y verán todo lo que yo podría decirles aquí; que no sería correcto ni cabría en extensión.

Err. [Martin Ugalde]